

LA CIUDAD: GEOGRAFÍA DE LA SOLEDAD

María Isabel Hayek

«La soledad de las ciudades» abre *El tiempo manual* (1935),¹ libro en el que Jorge Carrera Andrade recoge algunos poemas escritos durante su permanencia en Europa, en la época en la que el movimiento obrero hace sentir su presencia y las convulsiones sociales se presentan con fuerza. Y aunque este libro esté impregnado de una poesía de carácter social, la soledad de la que hablan éste y otros textos no solo es el resultado del desgaste físico y del sentimiento de explotación, o de la particular posición del individuo en el contexto de la Modernidad, sino, además, de la palpadura —a cada instante— de una soledad íntima, existencial, hasta se diría ontológica.

Hay un núcleo de sentido que atraviesa el poema de principio a fin: el inexorable extravío que impone la estructura citadina en el mundo moderno. Los signos urbanos solo hablan de desencuentro y de abandono. Inicia *La soledad de las ciudades* con breves enunciados que dan cuenta de ese estado: «Sin conocer mi número. / Cercado de murallas y de límites. / Con una luna de forzado / y atada a mi tobillo una sombra perpetua». En medio de los trazos y de la organización espacial urbana, el sentido de anonimia, de aislamiento y opacidad es percibido por el poeta, quien, al compartir su experiencia en las ciudades europeas durante los años 30 del pasado siglo, desnuda una realidad indudablemente universal. Son los registros de la geografía de una prisión en la que se añora la luna libre, los espacios abiertos, los horizontes sin límites, y se siente estar encadenado a la sombra.

El sentimiento de soledad se hace presente desde el instante en que el poeta toma conciencia de la enorme contradicción que caracteriza la vida de una

1. Jorge Carrera Andrade, *Obra poética completa*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1976. Todas las citas de este poema pertenecen a esta edición.

ciudad moderna, donde la lógica del trabajo, del mercado y la organización social, en lugar de generar la reunión, provoca la exclusión: «Fronteras vivas se levantan / a un paso de mis pasos»; la idea de frontera, de límite, cruza el poema, pero lo sorprendente es que son «fronteras vivas», una paradoja... ¿Es que reina la incomunicación, porque el sentido de lo privado provoca ruptura, distanciamiento, desarmonía? Fronteras vivas, ¿las edificaciones, los cables, la geometría citadina?, ¿o bien las relaciones sociales en conflicto, abierta la confrontación?

La naturaleza sombría y solitaria de la ciudad choca con los habituales registros de Carrera Andrade, el poeta que registra el mundo, su geografía, sus frutos generosos, su mundo animal y vegetal. Hombres sin rumbo, dueños de la misma realidad incuestionable: «No hay norte ni sur, este ni oeste / solo existe la soledad multiplicada, / la soledad dividida para una cifra de hombres». El sentido de lo privado divide a los habitantes en la ciudad, a tal punto que los muros, las campanas y el tiempo marcado en los relojes parecen hechos de «materia solitaria». El mundo de la ciudad, a pesar del movimiento, del color y de la luz, está cargado de soledad. Esta es la gran paradoja, porque la urbe debería ser lugar de encuentros, de convivencia y vecindad, de plazas, parques, calles y templos en los que se viva la congregación. Lo urbano se conecta con el sentido de colectividad y sociabilidad, y la verdad de las ciudades, según el poeta, es que en ellas reinan el abandono y la incertidumbre, reinan también más íntimamente en su propio interior.

Por eso, hay un desnudamiento: la constatación tierna y a la vez dolorosa de que su vivencia es la misma de aquellos que habitan junto a él, cada uno replegado en su cosmos privado; reúne imágenes nacidas de los cotidianos tránsitos por la urbe, retenidas como materia inolvidable: «el albañil que canta en un andamio, / fija balsa del cielo. / Imágenes de la soledad: el viajero que se sumerge en un periódico, / el camarero que esconde un retrato en el pecho». En estos versos está el ser humano con su verdad y su intimidad desconocidas. El trabajador que arriesga su vida, el viajante, el cliente, o bien el transeúnte, ¿qué saben todos de aquellos que les sirven o los acompañan anónimamente en su mismo trayecto día a día?

Carrera Andrade, el que se mete en los escondrijos y que se incorpora de lleno en la tradición de la poesía moderna al tematizar el viaje: el desplazamiento, la apertura a lo otro, a la presencia de lo ajeno y extraño, viaja también por la ciudad descubriendo su envoltura y sus secretos interiores. Dice Pedro Salinas² que en los primeros textos del poeta ecuatoriano vemos la envoltura del mundo, y dice también que «la poesía es un largo incesante viajar

2. Pedro Salinas, «Registro de Jorge Carrera Andrade», en *El guacamayo y la serpiente*, 17, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1979.

de la vista». ³ Pero aquí, en estos versos, la mirada viaja como siempre: «La ciudad tiene apariencia mineral. / La geometría urbana es menos bella que la que aprendimos en la escuela. / Un triángulo, un huevo, un cubo de azúcar / nos iniciaron en la fiesta de las formas. / Sólo después fue la circunferencia: / la primera mujer y la primera luna». Hay un tono de profunda nostalgia y de cierto desencanto frente al mundo citadino en estos últimos versos, cuando se alude a la apariencia inorgánica y a las figuras que llenan el espacio por el que él circula, desprovistas de la sencillez de las formas que se aprenden y descubren en el umbral de las distintas etapas que preceden los «veinte años». Los cuatro versos que cierran la evocación del pasado, interpelan directamente a la soledad: «¿Dónde estuviste, soledad, / que no te conocí hasta los veinte años? / En los trenes, los espejos y las fotografías / siempre estás a mi lado».

En estas líneas es posible advertir que el conocimiento de la ciudad, la observación atenta que la voz lírica hace de ella, el desentrañamiento de su ser, supone, al mismo tiempo, el desentrañamiento del propio ser, de la propia identidad. Los trenes en los que viajan tantas personas, le revelan que cada uno es una isla, es un pasar, es un viaje; los espejos en los que se ve reflejado a sí mismo hacen que perciba quién es, o, probablemente, que no pueda hacerlo; y las fotografías le recuerdan quién fue y lo que ha dejado atrás, le hacen más palpables las ausencias.

En este reconocimiento Carrera Andrade acude a una comparación que enuncia una íntima certeza: «Los campesinos se hallan menos solos / porque forman una misma cosa con la tierra. / Los árboles son hijos suyos, / los cambios de tiempo observan en su propia carne / y les sirve de ejemplo el santoral de los animalitos». El tono de desencanto al que se aludía anteriormente, ha cedido lugar a la ternura en esta estrofa. La interpretación es que la compenetración entre el ser humano y el entorno hace que exista menos soledad; es perceptible en estos versos la idea de pertenencia, de arraigo, de ubicación. De modo que aquel que está en armonía con el espacio en el que habita, aquel que cuida, trabaja y ama el lugar en el que vive, no siente el extravío de aquellos seres que deambulan por la solitaria geografía de las ciudades. El campesino se identifica con la tierra y mantiene una singular comunicación con todos los signos que emanan de ella, así como con sus frutos y los animales a los que nutre. El aislamiento, la soledad, no anidan del mismo modo en el campo porque parecería que allí cada ser es dueño del sentido de su existencia, es dueño de los ciclos, de las leyes, de los frutos de las siembras. La soledad del campesino está en simbiosis con una naturaleza que reconcilia y refugia.

Hasta este punto del poema, cerca ya del final, hemos tenido la sensación de que el poeta ha sentido la soledad calándole los huesos, pero sobre todo la

3. *Ibid.*, p. 6.

ha sentido en cada elemento, en cada circunstancia de la vida citadina. Sin embargo, apenas es leído el primer verso de la penúltima estrofa, la percepción cambia y es como si se hiciera un acopio de vivencias y se reconociera que la soledad es una condición existencial, es el vivir mismo, la más simple y cotidiana realidad de los seres humanos. Por eso, «la soledad está nutrida de libros / de paseos, de pianos y pedazos de muchedumbre, / de ciudades y cielos conquistados por la máquina, / de pliegos de espuma / desenrollándose hasta el límite del mar. / Todo se ha inventado, / mas no hay nada que pueda librarnos de la soledad». Aquí el ámbito trasciende la ciudad; la soledad alcanza cada experiencia vital, sin que nadie pueda deshacerse de su compañía, una compañía de la que ciertamente nos gustaría liberarnos. La estrofa acaba con la constatación de que se ha inventado «todo», menos un antídoto que libere al ser humano de su condición de solitario, porque simplemente no hay posibilidad de hallarlo.

Al comentar este poema y los otros de *El tiempo manual*, Enrique Ojeda recoge las palabras de Carrera Andrade, quien confiesa haber tratado de «encerrar» en ellos «un sentimiento de solidaridad humana y de unidad universal». ⁴ Precisamente, en concordancia con este sentimiento, Carrera Andrade se solidariza y se une a la humanidad en la soledad que la envuelve y determina. La solidaridad y la unión no acaban ni vencen la soledad, apenas la saben compartida.

Hacia el final, las palabras del poema suenan a sentencias, a verdades que se dicen o pronuncian después de un detenido recorrido, a manera de conclusión, con profundo convencimiento. Son metáforas de soledad: «Los naipes guardan el secreto de los desvanes. / Los sollozos están hechos para ser fumados en pipa. / Se ha tratado de enterrar la soledad en una guitarra. Se sabe que anda por los pisos desalquilados, / que comercia con los trajes de los suicidas / y que enreda los mensajes en los hilos telegráficos». Juegan, como siempre en Carrera Andrade, las más libres y audaces asociaciones: en todos estos versos, metonímicamente, están el ser humano, su intimidad y sus hábitos, acechados por una soledad que, clandestina y hábilmente, se apropia de las vidas humanas y hasta de los cables telegráficos, y los contagia de sus flaquezas.

Decíamos al inicio que la idea de frontera cruza el poema. Pero no el límite ni la frontera física. Es la geografía humana la que establece las lindes. La ciudad no es prisión porque encierra, sino porque en ella se multiplica la soledad, porque cada relación con los otros y con el medio está marcada por el sentimiento de ausencia honda e irremediable y del solitario encuentro con uno mismo. ■

4. Enrique Ojeda, «El tiempo manual: soledad y solidaridad», en *El guacamayo y la serpiente*, 17, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuayo, 1979, p. 94.